

“No podemos hablar de paz si tenemos hambre” Despojo campesino y soberanía alimentaria en Colombia

Flor Edilma Osorio Pérez

Profesora titular, Departamento de Desarrollo Rural y Regional, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia
e-mail: fosorio@javeriana.edu.co

Resumen

Un largo camino de obstáculos y amenazas para la soberanía alimentaria en el ámbito microlocal es puesto en diálogo con otras escalas de análisis, a partir de la experiencia de la comunidad rural de Palo de Hicotea, municipio de San Jacinto, en la región de Montes de María, Colombia. La pregunta cotidiana ¿qué comeremos hoy? cobra en realidades de dominación y despojo como las vividas por esta comunidad en las últimas seis décadas, una profunda incertidumbre, que pone de relieve el sentido profundo que tiene la soberanía alimentaria como apuesta para construir procesos de autonomía campesina.

Palabras claves: Soberanía alimentaria; dominación; despojo; desplazamiento forzado; campesinado; Colombia.

“Não podemos falar de paz se temos fome” Despojo camponês e soberania alimentar na Colômbia

Resumo

Um longo caminho de obstáculos e ameaças para a soberania alimentar no âmbito micro local é posto em diálogo com outras escalas de análise, partindo da experiência da comunidade rural de Palo de Hicotea, município de San Jacinto, na região de Montes de María, Colômbia. A pergunta cotidiana: o que comeremos hoje? evidencia a realidade de dominação e despojo vivida por esta comunidade nas últimas seis décadas, causando uma profunda incerteza, que ressalta o sentido profundo que tem a soberania alimentar como proposta para construir processos de autonomia camponesa.

Palavras chaves: Soberania alimentar; dominação; desapropriação; deslocamento forçado; campesinato; Colômbia.

“We can not talk about peace if we are hungry” Peasant dispossession and food sovereignty in Colombia

Abstract

A long way of obstacles and threats to food sovereignty in the micro-local level is placed in dialogue with other levels of analysis, from the experience of the rural community of Palo Hicotea, municipality of San Jacinto, in the region of Montes de Maria, Colombia. The daily question: what will we eat today? Gets in realities of domination and dispossession as those

experienced by this community in the past six decades, a deep uncertainty, which highlights the profound meaning of food sovereignty as a purpose to build processes peasant autonomy.

Keywords: Food sovereignty; domination; dispossession; forced displacement; peasants; Colombia.

Introducción

¿Qué comeremos hoy? Esa sencilla pregunta que a diario nos hacemos, implica para algunos solo decidir qué de lo que hay disponible en su refrigerador y despensa quieren consumir, o en otros casos, a qué restaurante se llama para pedir un domicilio o reservar una mesa. Sin embargo, para muchos otros es una pregunta angustiada que se hace usualmente el ama de casa que, en medio de una despensa vacía, sin dinero para surtirla y la imposibilidad de cultivar alimentos, se enfrenta al desafío de multiplicar lo poco que tiene a la mano para alimentar a toda la familia. Esa diaria incertidumbre que se repite por lo menos tres veces al día, exige una continua evaluación de los recursos disponibles para responder a una necesidad vital de alimentarse, un derecho fundamental. De allí la importancia del alimento a nivel microsocial y lo estratégico que resulta a nivel geopolítico controlar el sistema agroalimentario a nivel nacional y mundial, un campo histórico que pone en diálogo y en conflicto el Estado, la sociedad y el mercado; desde la década del 70, grupos empresariales, movimientos sociales y organismos multilaterales han mantenido claros antagonismos frente al lugar y papel que debe tener la alimentación en la sociedad y en la economía (RODRÍGUEZ, 2010).

De allí la distancia entre dos conceptos claves: seguridad alimentaria y soberanía alimentaria. La primera, según la FAO, es posible cuando “todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias” (TOMAS, 2011). La segunda es planteada desde Vía Campesina como:

el derecho de cada nación para mantener y desarrollar su propia capacidad para producir los alimentos básicos de los pueblos, respetando la diversidad productiva y cultural. Tenemos el derecho a producir nuestros propios alimentos en nuestro propio territorio de manera autónoma. La soberanía alimentaria es una precondition para la seguridad alimentaria genuina (1996, p.1).

La seguridad alimentaria surge desde las instituciones gubernamentales y remite fundamentalmente a satisfacer la necesidad alimentaria, sin que sea relevante cómo se resuelva el problema -lo cual abre el camino para fortalecer el monopolio de la industrialización de los alimentos- y puede quedarse desde el neoliberalismo económico en una relación de

mercado entendida como “solvencia alimentaria” (RODRÍGUEZ, 2010, p.51). La noción de soberanía alimentaria surge desde la sociedad misma, en particular desde las organizaciones campesinas para quienes es fundamental ubicar el proceso productivo en el marco de las relaciones de poder que las determina. Por ello, es fundamental señalar quiénes producen los alimentos, qué alimentos se producen y cómo se producen, posicionando el papel del campesinado en ese proceso productivo y situando la cuestión alimentaria en una mirada de largo plazo, que implica la sostenibilidad de dicho proceso. “El foco está en el proceso y la sustentabilidad deviene sociocultural y representa otro modelo de gestión capital-sociedad-naturaleza” (TOMAS, 2011, p.137), y toma distancia de la estandarización del modelo industrial que impone la homogenización de los pueblos.

La producción de alimentos en el mundo refleja y reproduce una cadena de inequidades en el marco de procesos profundamente excluyentes y concentradores de capital. Mil quinientos millones de productores abastecen de alimento a siete mil millones de consumidores de alimentos, intermediados por no más de quinientas empresas que toman el 70% de las decisiones sobre qué, cuánto, dónde y cómo producir alimentos. Cargill, Bunge y ADN controlan casi el 90% del mercado mundial de cereales. Dupont, Monsanto, Syngenta y Limagrain controlan cerca del 50% del mercado de semillas en el mundo (Clay, citado por BAILEY, 2013). Incrementos del 56% en la importación de alimentos como el ocurrido entre 2007 y 2008, llevan a que cerca de cien millones de personas, - 30 millones en África -, hayan sido empujadas a la pobreza en el mundo (BAILEY, 2013).

El campesinado ha tenido en la producción de alimentos un lugar estratégico que va de la mano con el lugar social y político que ha ocupado en el marco de las sociedades nacionales, posiciones que se han ido perdiendo con ritmos distintos en cada país. Sin embargo, se está produciendo un giro que articula por una parte, el reclamo del campesinado para reclamar ese territorio y por la otra, la necesidad y valoración de los consumidores para acceder a una comida sana, nutritiva y ojala económica. De esta manera, se abre una alianza potencial que incluye de manera importante la producción agropecuaria libre de agroquímicos. Mirado así, el aporte campesino para garantizar el alimento como derecho fundamental de cualquier sociedad, no es de poca monta.

Producir de manera sana para el mercado, no es tarea fácil. La exigencia en mano de obra, el manejo de plagas y otras amenazas sin productos químicos es lento y no siempre tan eficiente, los rendimientos no son muy altos y las inclemencias del tiempo cada vez mayores, dejan a los productores campesinos lidiando solos con un alto margen de incertidumbre, para las cuales no hay seguros ni protección alguna. Pero además, confrontados siempre con una

producción más abundante y constante que es señalada por ello como más eficiente y compitiendo en el mercado con precios nada sostenibles. Como dice don Pablo “producir sano, es una aventura con muchos riesgos”. Pero la cosa no para allí. Una vez la cosecha está lista, las dinámicas del mercados, de los intermediarios y de los precios, remiten a nuevos y difíciles dilemas. “Toca a vender a como paguen, porque ¿cómo se devuelve uno para la casa con los bultos de comida? Ahí si toca, del ahoga’o el sombrero, como dicen” afirma él mismo con un gesto de resignación.

Para el caso colombiano, lo que nos cuenta don Pablo es solo la parte menor de los males cotidianos. Dar cuenta de ese largo camino de obstáculos y amenazas para la soberanía alimentaria en el ámbito microlocal y ponerlo en diálogo con otras escalas de análisis, es el propósito de este texto. Para ello, nos centramos en la experiencia de una comunidad rural, Palo de Hicotea, hoy Palo Altico¹, perteneciente al municipio de San Jacinto, ubicado en la región conocida como Montes de María², en el norte de Colombia. Esta historia, desafortunadamente, no son la excepción ni en la región y ni en el país.

La región de Montes de María es reconocida por su gran capacidad productiva, por los contrastes que marca la economía campesina con un latifundismo vigente agroindustrial y ganadero con elevados índices de concentración de la tierra, por la capacidad organizativa de sus pobladores y también por los graves y profundos impactos que la guerra les ha infligido.

Además de esta introducción, el texto tiene dos secciones adicionales. Una, documenta con voces de sus pobladores y otras fuentes, el itinerario de despojo al que ha sido sometida la comunidad de Palo de Hicotea, hoy Palo Altico, por diferentes actores, intereses y situaciones en las últimas seis décadas; allí mismo se da cuenta de algunas estrategias de resistencia que los pobladores han ido generando para recuperar su seguridad y caminar hacia la soberanía alimentaria, como paso necesario para reemprender caminos de autonomía territorial. La parte final, recoge algunas reflexiones transversales.

Palo de Hicotea: itinerarios de un largo camino de despojo y resistencia

Los pobladores de Palo Altico guardan en sus memorias, por lo menos tres hechos de despojo, muchos para los últimos sesenta años. El primero es producido por una represa que los obligó a salir de su poblado, Palo de Hicotea, y que produjo alguna dispersión de quienes

¹ Para ello retomo varios testimonios de trabajo de grado desarrollado por Laura Pabón, egresada de la carrera de Ecología de la Universidad Javeriana, proceso que acompañé como directora.

² La región incluye quince municipios, ocho en el departamento de Sucre y siete en el departamento de Bolívar. En este último se sitúa San Jacinto.

antes eran vecinos. Así surge Palo Altico, un nuevo asentamiento en donde se reúnen varias de las familias para continuar sus vidas. El segundo despojo es producido por la guerra, en particular, por la arremetida paramilitar que les llevó al desplazamiento forzado, y que produjo una diáspora interna que para algunos se volvió definitiva y para otros ha estado marcada por ensayos de retorno y nuevos recomenzares en proximidades de sus vecindarios previos. El tercer despojo es más soterrado y proviene de los grandes monocultivos de palma que se han ampliado en medio de la guerra, -para muchos gracias a la guerra misma-, dadas las presiones diversas para vender y modificar el uso de las tierras. Los despojos continuos y superpuestos han desgarrados sus procesos organizativos, productivos, sus vecindarios y sus prácticas.

La represa

Palo de Hicotea es una vereda de San Jacinto, municipio fundado en 1776 en el norte del país, situado en el piedemonte de la región de Montes de María que conecta con el canal del Dique, en el Caribe colombiano. Sus orígenes son afrodescendientes, es decir remite a memorias lejanas, si bien escasas, que ya imponían historias de despojo y dominación.

Aquí donde nos ve, nosotros somos descendientes palenqueros; ellos fueron los esclavos que venían de África y se pudieron escapar de Cartagena, caminaron hasta donde actualmente es Palenque y después algunos llegaron a colonizar estos lados (...). Cuentan que los cimarrones tuvieron que caminar de espaldas mientras escapaban, para que cuando los persiguieran los pasos quedaran al revés y confundieran a los que los estaban buscando (Joven de 21 años, citado por PABÓN, 2015, p.36).

Mientras el país se desangraba con la violencia bipartidista de mediados del siglo XX y luego buscaba estabilizarse, en Palo de Hicotea la vida transcurría sin mayores novedades o, por lo menos, las memorias de sus pobladores no las registran.

Los hombres tenían sus montes y hacían sus rosas ahí, sembraban lo que era patilla, melón, maíz, yuca y arroz. Y de eso vivía uno, no pasábamos hambre. De ese lado si estábamos bien porque si usted, por decir algo, no cosechaba el arroz este año porque no podía, los vecinos le daban; a usted la comida no le hacía falta, porque los vecinos le daban a usted lo que era el arroz y el bastimento. No era como ahora que la gente todo lo tiene que comprar. Antes uno no compraba, eso era regalado. En la familia mía, mi padrastro trabajaba en lo que le daban los amigos de él; como él no tenía monte, le daban el monte para que trabajara, la cosecha era de él y el monte era del dueño, del que le daba el pedazo pa' que trabajara. Ellos lo dejaban trabajar para que tuviera su cosecha también y no tenía que pagar nada (Mujer, 56 años, citada por PABÓN, 2015, p.37).

Estas lógicas de trabajo y reciprocidad fueron modificadas de manera importante hacia la década del sesenta. En el marco de las apuestas estatales por modernizar el campo de la mano de grandes cultivadores el gobierno decidió construir una represa en Palo de Hicotea, que los obligó a abandonar el lugar. “Este fue el primer proyecto de distrito de riego que se hizo en la zona; nosotros fuimos el experimento, los conejillos de indias” (Agricultor, 66 años, citado por PABÓN, 2015, p.43).

Estando ahí (en Palo Alto Hicotea), fue que se presentó el Incora³, que teníamos que venderles porque iban hacer el tapo del arroyo. Iban hacer un programa de riego pa sembrar arroz. Entonces la gente como ya se dio cuenta que era desapropiación, que había que vender, todo el mundo vendió y fue que hicieron la represa. Entonces el pueblo donde yo vivía, quedaba entre la represa; no fue que se inundó, no, por lo que el pueblo lo teníamos en un filo, en un filo ancho, ahí teníamos el pueblo. Entonces el agua salía de las quebralinas por cada orilla y esas quebradas se llenaron y por allá arriba se encontraron, así que el pueblo tenía que desaparecer (Agricultor, 74 años. Pabón, 2015: 44).

El arroyo fue tapado. Pese a que algunos creían que podían seguir en los sitios altos y dudaban que la represa se llenara, les tocó abandonar lo que hasta ese momento había sido su territorio. “Las fincas de plátano se ahogaron, porque eso era pura finca de plátano, eso todo se ahogó; las viviendas se inundaban de agua, entonces tuvimos que salir” (Agricultor, 66 años, citado por PABÓN, 2015, p. 44).

Lo que sucedió en Palo de Hicotea es similar a la experiencia de otros embalses que han sido construidos a costa del desplazamiento forzado de campesinos y gente del campo para beneficiar a grandes productores, generando despojo no solo del suelo, sino del agua y de las actividades que realizaban, así como de sus redes de reciprocidad, producción⁴.

Ese proyecto nos perjudicó ¡Qué nos iba a beneficiar eso, si eso no era para nosotros! Porque los parceleros eran de para allá abajo y los grandes industriales que tenían su poco de plata, entonces por lo menos arrendaban 100 o 50 hectáreas de arroz y ellos eran los que disfrutaban de su cosecha. A uno eso no le sirvió de nada (Agricultor, 66 años. Pabón, 2015:49).

Junto con las pérdidas materiales, queda un profundo dolor. “Cuando nos sacaron de allá no solo no quitaron la tierra, nos quitaron la tranquilidad, la felicidad” (Agricultor, 75 años, citado por PABÓN, 2015, p.44).

³ Instituto Colombiano de Reforma Agraria.

⁴ Es el caso de La Salvajina en el Cauca que benefició a los productores de azúcar y provocó el despojo de la comunidad afrodescendiente que hoy reside en La Toma y que al igual que la experiencia que nos ocupa, ha sufrido mucho despojos, el más reciente por empresarios mineros legales e ilegales. Cf. ARARAT y otros, 2014. Otro ejemplo es la represa Urrá, que afectó a campesinos pero especialmente a indígenas en el norte del país. Cf. RODRÍGUEZ Y ORDUZ, 2012.

Cuando nos echaron aquí esto era un peladero, entonces todo el mundo cogió su suelecito y construyó su casita; entonces fue que vinieron de Bogotá para parcelar la gente (...) A los más viejos que les dieron parcelas, se las dieron pero pa'abajo, pa'llá, y otros no aceptaron eso porque que eso era el comunismo⁵ que le ponían la marquilla a uno, entonces que ya uno tenía que hacer lo que ellos decían, y muchos por el miedo del hierro, no cogieron eso, y es que la gente misma de aquí decía 'no, no se meta en eso que eso es el comunismo' (Agricultor, 75 años, Pabón, 2015:46-48).

No hay una memoria consensuada sobre si, efectivamente, los pobladores fueron o no compensado con parcelas y viviendas en otras zonas.

Cuando ya llegamos aquí a Palo Altico algunas personas los sometieron al sorteo; entonces hicieron un sorteo con unas balotas y dentro de ese sorteo salieron como cinco o seis personas, pero las parcelas no eran aquí, no se las dieron alrededor de Palo Altico, se las dieron por allá, yo creo que por el Recreo y llegando a María la Baja, por el Viso, pero no fue aquí alrededor de Palo Altico (Agricultor, 63 años, citado por PABÓN, 2015, p.49)

En medio de la desinformación, los temores y las muchas versiones que circularon y confundieron a los habitantes, fue transcurriendo el tiempo y se fueron acomodando a su nueva realidad. En palabras de uno de ellos, “figuró adaptarnos” y empezaron a buscar maneras de usar la represa desde sus propias posibilidades.

Con la represa entonces a uno como le quedaba cerca, uno se iba a pescar y es que hubo gente que se pasaron a la pesca, porque yo creo que fue por lo que igual tierras como en el pueblo viejo ya no habían y bueno si! Habían (sic) unos que pescaban uno que otro pescadito y trabajaban en el pedacito de tierra que se conseguían, entonces como que uno se acomodaba. Eso la gente hizo lo que pudo, pero se vivía bien, no como ahora (Mujer, 42 años, citada por PABÓN, 2015, p.61).

La pesca y el transporte fluvial fueron opciones que se adicionaron a la agricultura. La gente “se iban en los Jhonson⁶ y ya después en las tardes era que regresaban (...) cuando era la cosecha, entonces los Jhonson también transportaban los alimentos (Mujer, 73 años, citada por PABÓN, 2015, p, 62).

La guerra

Pese a ser un cambio importante en sus vidas, había posibilidades de seguir viviendo. Pronto llegó la palma de aceite como cultivo prometedor. Pero también llegó la guerrilla -en concreto las Farc- que empezó a circular por sus tierras. “Resultaban por las noche por ahí

⁵ Esta referencia al comunismo parece estar relacionada con la desconfianza que se promovió desde sectores muy conservadores sobre el papel del Incora, basado en el temor de que se expropiara la tierra a los hacendados y se redistribuyera a los campesinos.

⁶ Marca del motor de una embarcación pequeña.

metidos por los potreros; ellos iban a dormir allá, en las tierras de uno y uno tenía que recibirlos ahí, porque o si no ellos se ponían bravos” (Agricultor, 76 años, citado por PABÓN, 2015, p.69). Y detrás los paramilitares disputándose el control del territorio.

Después, fue que se mudaron lo paracos, aquí mismo en el pueblo, era puro paraco de día y de noche; entonces cuando era de noche teníamos que apagar el foco de afuera y na´mas estar con uno aquí adentro, porque no querían ver el foco alumbrando. Eso estaba lleno de paracos cuidando (Agricultor, 76 años, citado por PABÓN, 2015, p.72).

Dicho control suponía también el control cotidiano en las vidas, cuerpos y actividades de los pobladores.

Esa gente ponía las hamacas en la terraza y eso ¡hombre! Entonces ya después le pusieron hora a uno, que uno tenía que llegar aquí antes de las cinco de la tarde y cosas así, eso sí fue mucha incomodidad, y si por lo menos uno no llegaba a la hora que ellos decían, uno ya no podía llegar, porque por lo menos lo podían a uno matar (Pescador, 48 años, citado por PABÓN, 2015, p.73).

La llegada paramilitar tiene sus orígenes hacia mediados de la década del setenta, cuando políticos y latifundistas sacaron corriendo a sus arrendatarios con hombres armados, por temor a que la anunciada reforma agraria de Lleras Restrepo se cumpliera; entonces “al son del acordeón y con el canto de ‘la tierra es pa’l que la trabaja’, volvieron a las fincas donde habían vivido por generaciones y las ocuparon exigiendo pacíficamente que se las titularan” (VERDAD ABIERTA, 2011, p. 2) invadiendo más de 400 haciendas. Ello da cuenta del talante organizado y luchador de los campesinos montemarianos que lograron que les titularan 546 fincas en parcelaciones colectivas y empresas comunitarias, equivalentes a 120 mil hectáreas, según el líder Jesús Pérez. Nuevas experiencias de grupos armados locales y de ejercicios de resistencia de los pobladores para defenderse siguieron sucediendo y se fueron encontrando con la presencia guerrillera y la configuración de los grupos paramilitares que encontraron una nueva justificación para potenciarse, en sintonía con lo que sucedía a nivel nacional. Había unas viejas cuentas por saldar, que impulsó y facilitó las alianzas y complicidades de las estructuras de poder regional para que se produjeran más de medio centenar de masacres, casi cuatro mil asesinatos políticos y doscientos mil desplazados; mientras el campo quedaba abandonado y se producían despojos de tierra por ventas forzadas, los tugurios y la miseria crecían en las ciudades, en medio de la indiferencia y de la impunidad (Ibid, 2011).

El paramilitarismo y la guerrilla prendieron con fuerza y causaron tanta miseria humana porque se alimentó de venganzas heredadas y odios profundos cosechados en una larga disputa por la tierra que nunca se resolvió. Pero

también porque demasiados políticos y empresarios locales, por miedo, por miopía o por avivatos, se plegaron a los métodos bárbaros, importados por el narcotráfico cuando compró grandes fincas e instauró el sangriento negocio en la región. La Justicia quedó trunca pues el asesinato de varios de sus más diligentes funcionarios y la expulsión de otros aseguró la impunidad. El Gobierno Nacional no condujo a su fuerza pública por un camino inteligente de protección de la población civil, sino que la dejó a su suerte, con sus viejas ideas anticomunistas y la nueva corrupción del dinero fácil. Además, con la creación de las Convivir dio vía a libre a cientos de matones en semilla; fue echarle gasolina a un incendio que apenas empezaba a prender (VERDAD ABIERTA, 2011:2).

Lo poco que se había podido construir luego del desplazamiento producido por la represa se perdió en medio del horror y el dolor. “De todos a los que le dieron parcela, ni uno, tiene la parcela; todos ya están muertos. Pero vendieron antes de morir, a todos les tocó vender, por esa violencia pa ‘allá matando gente” (Agricultor, 76 años, citado por PABÓN, 2015, p.69).

La palma

En medio de la guerra, pero aparentemente por caminos distintos, se impusieron presiones para vender la tierra y sembrar palma. “Mucha gente que cometió la brutalidad de vender lo que tenía, para sembrar palma, se quedaron con su pedacito donde está la casa y donde tenían su plátano, sus cultivos, eso lo vendieron” (Mujer, 42 años, citada por PABÓN, 2015, p.76).

Esa gente hizo como una estrategia, una estrategia que usaron para que la gente sembrara la palma: a la gente le decían que iban a obtener unos beneficios cuando la palma ya empezara a producir y para mí que fueron como engañados, porque cuando eso empezó a producir, los cheques les llegaban en blanco (Mujer, 44 años, Pabón, 2015:76).

Con los desechos y químicos del cultivo de palma la pesca en la represa empezó a reducirse. “Antes había aquí un pescado que le decían Moncholo, ese moncholo por aquí eso era abundante (...) fue uno de los que más se murió y debe ser por la química” (Agricultor, 66 años, citado por PABÓN, 2015, p.80). También para el uso doméstico el agua de la represa se volvió un riesgo.

Esa agua hasta para bañarse esta mala, aquí viene revuelta y como con un verdín, entonces aquí para bañarse y lavar toca ponerle un trapito en pluma, porque o si no sale como con unas moticas que eso da rasquiña, o por lo menos a mí me da rasquiña (Mujer, 73 años, citado por PABÓN, 2015, p.81).

La llegada de grandes productores, impuso unas estructuras de poder local sin mayor control gubernamental que ha llevado a la apropiación indebida de recursos de uso común como el agua.

El cultivo de la palma, incluso en términos de agua tiene mucha relación. Aquí habían partes como por lo menos el pozo de Leticia que, aunque estaba en predios que tenían sus dueños, para la comunidad era más fácil acceder al servicio. Pero ahora de inmediato que pasaron a las manos de los palmicultores ya no es lo mismo porque uno ya no transita por ahí con la misma libertad como lo hacía antes, porque ahora esa palma que está ahí tiene seguridad privada, tienen un vigilante que cuidan ahí” (Líder comunitaria, 34 años, citada por PABÓN, 2015, p. 86).

Algo similar sucedió con los playones de la ciénaga que de recursos comunitarios pasaron a ser apropiados por los palmicultores.

Los playones, que son lugares donde el agua baja, se podían usar para cultivos transitorios y además como eran terrenos libres, eran caminos de la gente, caminos que les permitían llegar a la gente a la represa. Ahora esos terrenos aparecen como propiedad privada, cuando son en realidad baldíos reservados; a nosotros nos pasó un día que íbamos a la represa y queríamos ir a una zona para tomar una embarcación y no pudimos porque es propiedad privada, está encerrada y ahí al lado está el agua. O sea que es una zona en donde no debería haber, ni propiedad, ni cultivos permanentes y digamos en las islas que se hacen cuando el agua baja, y digamos en los recorridos que pudimos hacer este año nos dimos cuenta que esas islas también están llenas de palma y antes eran tierra donde la gente sembraba sus cultivos de pancoger (Representante de la CDS, citado por PABÓN, 2015, p. 90).

El acceso y los precios de la tierra se han modificado sustancialmente. “Anteriormente le daban su pedazo de tierra para que uno sembrara su yuca su maíz y el que arrendaba pedía poquita plata” (Agricultor, 62 años, citado por PABÓN, 2015, p. 84). La guerra genera un abaratamiento temporal de la tierra que beneficia la compra y acumulación de esta con facilidad, incluso señalando que al comprar en tales condiciones de inseguridad se está haciendo un favor. Sin embargo, meses más tarde, con algunos cambios en el orden público y algunas inversiones de infraestructura por parte del Estado, los mismos predios multiplican sus precios. Un negocio redondo.

Eso vendían barato la gente en esa época, no como ahora que un pedacito de tierra cuesta un montón de millones de pesos. Ahora cualquiera que tenga, así sea unas 15 hectáreas de tierra, ha hecho una cantidad de millones de pesos, cada hectárea de tierra está en 25 millones mínimo. De esas que no están tan bien organizadas, en cambio antes para esa época uno compraba una hectárea como por 500 o 600 mil pesos (Agricultor, 48 años, citado por PABÓN, 2015, p. 84).

Las promesas de generación de empleo por la palmicultura tampoco resultaron.

Cuando llegó la palma, eso acabó con todo, porque decían que iba a traer fuente de trabajo. Eso no es verdad, porque una hectárea de palma o 20 o 30 hectáreas de palma, 2 o 3 hombres la mantienen; el mantenimiento todo el tiempo se la hacen esos tres hombres. Entonces buscan harta gente, pero solamente si tienes que platear o si no entonces con dos o tres hombres cortan todo ese corozo y eso lo pagan muy barato. Por eso, eso es lo que menos beneficio ha dado por acá (Agricultor, 66 años, citado por PABÓN, 2015, p.85).

Los efectos de todos estos cambios se reflejaron con rapidez en el acceso a los alimentos.

Por aquí anteriormente la comida era estable y ahora no, porque como habemos (sic) poquiticos que sembramos y habemos muchos que comemos, entonces ahora no alcanzamos los que sembramos a producir pa'los que no siembran. Lo que uno siembra ahora se lo están es cogiendo los que no siembran. O sea uno deja una mata de yuca allá (parcela) y cuando va por ella, ya no la consigue, entonces lo que toca es comprar. Y eso ahora está más caro cuando antes eso lo daban era dado, cuando era cosecha eso lo regalaban y ahora comprando le dan a uno es un poquitico, nosotros hemos tenido bastante problemas con el alimento (Agricultor, 62 años, citado por PABÓN, 2015, p.81).

Si bien los grupos armados provocaron terror, desplazamiento y despojo, el establecimiento de la palma como cultivo permanente ha sembrado un hambre soterrada, de largo plazo, en medio de aparente abundancia.

La palma está es dejando hambre, porque por lo menos con el arroz eso le daba vida a uno, porque cuando cortaban el arroz uno iba allá y traía su arroz, antes uno no se varaba porque había arroz pa'comer, en cambio con esa palma no, porque uno qué va comer corozo, eso a uno no le sirve de na'a (Agricultor, 62 años, citado por PABON, 2015, p.81).

Un daño profundo situado en la soberanía alimentaria, se hace evidente en el acceso a los alimentos.

Aquí no se compraba yuca antes, una mano de plátano valía 500 pesos los plátanos más grandes, la comida se intercambiaba, entonces si tú tienes pescados te doy yuca, mas no se compraba porque todo el mundo tenía. Y ahora hasta teniendo la plata no se encuentra y entonces eso es a raíz de que la tierra la mayoría está ocupada en palma, entonces para mí no ha sido tanto el beneficio (Líder comunitaria, 34 años, citada por PABON, 2015, p. 82).

La disponibilidad de alimentos es cada vez menor en medio de una economía doméstica que depende de recursos monetarios escasos y no cultiva alimentos ni para su propio consumo.

El tiempo ha cambiado para mal, uno aquí pasa mucho trabajo ¡Uno come, no voy a decir que no! pero uno ya casi no se hace una sopita porque uno ya no tiene pa'comprar el hueso, y a veces que sí!, pero eso es muy de vez en

cuando. Ahora nada más aquí la comida es una en el día y una en la tarde; como hay veces que uno se asegura su semana y que en el día casi no pasa hambre. Hay semanas que la gente no come carne y la quiere comer, pero no tiene. A veces yo me pregunto ¿de qué vivimos? Cuando mi esposo va a pescar, pasa toda la noche por allá y hace poco que fue, cogieron una changa, una sola changa, una sola de las cachamas de esas plateadas, entonces se quedaron toda la mañana a ver si cogían algo más y cogieron dos más. Y la gente dirá eso es embuste, pero no, esa es la realidad (...) Uno se come ese poco de arroz con su poquito de pescado, y uno dice estoy llena ¡pero uno no se siente bien! Uno se pone a pensar que uno no come todos los nutrientes que necesita un cuerpo, porque a veces uno come pescado pero el resto de los días es todos los días arroz con manteca. Por lo menos, el día que a la hija mía le pagan, a ella le pagan 190 mil pesos mensuales⁷ y de eso ella saca siempre 100 o 50 lo que pueda abonar para su universidad y con lo otro, cuando se puede comprar la librita de carne o pollo se compra, pero ya desde que se acaba la carne, la comemos otra vez cuando volvemos a tener cualquier pesito (Mujer, 42 años, citada por PABÓN, 2015, p. 83).

Síntomas recientes de nuevas crisis alimentarias

En el último año han sido evidentes otros impactos del cambio climático en la vida de la región. Un desplazamiento forzado inédito en la zona e incluso en el país, se suscitó debido a la fuerte sequía del segundo semestre de 2015 y primeros meses de 2016. La Defensoría del Pueblo registró el primer caso de desplazamiento masivo de 92 familias, 313 personas, de 19 comunidades que abandonaron sus veredas y llegaron al casco urbano del municipio de El Carmen de Bolívar. Los campesinos y sus familias expresaron “carencia de agua, daño en sus cultivos, falta de apoyo del Estado y revictimización, pues en su mayoría fueron desplazados previamente por el conflicto armado” (CARACOL RADIO, 2016). Bolívar uno de los departamentos afectados por la sequía en varios de sus municipios, entre ellos San Jacinto, reporta pérdidas en 3 mil hectáreas de cultivos, 10 mil animales arrasados, 24 mil 900 hectáreas afectadas y 10 municipios declarados en situación de calamidad, señala el mismo informe de la Defensoría.

De otra parte, un fuerte daño en la cosecha de aguacate⁸, producto importante en la región, ha traído numerosas pérdidas para los campesinos. El Centro de Estudios Económicos Regionales del Banco de la República, indicaba en un estudio que, en 2010, en Montes de María la producción de aguacate alcanzó 38.252 toneladas. Dionisio Alarcón líder campesino señala que hubo unas 4.000 hectáreas sembradas, en la buena época, pero ahora calcula solo quedan “si acaso, unas 20”. En la región “la vaca lechera era el palo de aguacate. Uno solo, por cosecha, podía dejarme más de un millón de pesos” señala Omar Fernández, otro productor

⁷ Equivalente a cerca de 63 dólares, con un cambio de un dólar por \$col 3.000.

⁸ Llamado también palta, cuyo nombre científico es *Persea americana*.

(ARCIERI, 2016:1). El responsable es el hongo conocido como fitoctora, del cual el Instituto Colombiano Agropecuario, ICA, tomó muestras y pese a prometer que en cuatro meses precisaría y propondría un plan de contingencia, no ha cumplido; a este problema fitosanitario se agrega la prolongada sequía provocada por el fenómeno de El Niño (Ibid, 2016).

El cuadro trágico se completa con la mortandad de peces producido a finales de marzo de 2016 en la ciénaga de María La Baja, al parecer por envenenamiento con desechos químicos usados por cultivos agroindustriales próximos a esta, afectando el consumo de pescado directo que hacen de allí algunos pobladores, así como la actividad productiva y comercial de la región (EL UNIVERSAL, 2016).

Dinámicas de organización y resistencia en Montes de María

Si bien el propósito central de este texto es el de documentar y reflexionar sobre los procesos de despojo y dominación y su relación con la soberanía alimentaria, es fundamental señalar algunos ejes organizativos y de resistencia gestados en la región de Montes de María, donde se ubica el actual Palo Alto.

La región es cuna de la Asociación de Usuarios Campesinos (ANUC), un primer eje organizativo de importancia indudable. Este es un proceso de orden nacional impulsado por el gobierno de Lleras Restrepo (1966-1970) y que logró dinámicas importantes de recuperación de tierras, una práctica bastante estigmatizada que se sigue denominando como invasión u ocupación de tierras. Es, precisamente, esta fortaleza la que suscitó el surgimiento de grupos locales armados para agredir a los campesinos, como se relató en una sección anterior. Y son estos procesos los que han dejado lecciones políticas claves que han formado desde la praxis, ejercicios de resistencia⁹. Los espacios de encuentro y capacitación que se dieron en la ANUC posibilitaron “al campesinado la construcción de una identidad política y social de tipo práctico, como usuarios de los servicios estatales. Los campesinos acogieron la definición de sí mismos como consumidores colectivos de las funciones públicas rurales, elaboradas por el gobierno” (MÚNERA, 1998, p.284).

La lucha por la tierra se constituyó en un frente cohesionado en todo el país, en medio del endurecimiento de los desalojos de colonos y campesinos por parte de los terratenientes apoyados por el poder local y de la lentitud institucional para responder a las demandas masivas.

⁹ Ver, por ejemplo, La Tierra en Disputa. Memorias de desalojo y resistencias campesinas en la Costa Caribe, 1960-2010. Grupo de Memoria Histórica. Ediciones Semana. Bogotá.

Hoy en día, la ANUC sigue existiendo como organización aunque diezmada y dividida tanto por factores externos como internos. Un estudio reciente que busca reconocer el daño causado y las estrategias de reparación colectiva de la ANUC señala que esta “hizo parte de una estrategia más global de consolidación del Estado-nación contemporáneo como forma general de gobierno” (GARCÍA et al, 2015, p. 6) que se rompió en 1972 con el denominado Pacto de Chicoral en el gobierno Pastrana (1972-1976); con ello se configuró “un paradigma sobre el campo que prioriza los intereses de los partidos políticos y de los inversionistas del campo sobre los intereses de los campesinos que lo habitan” (Ibid, 2015: 13).

La violencia impuesta contra dirigentes y asociados constituyó un daño social y político de enormes implicaciones, considerado emblemático en términos de reparación colectiva, que se concreta en tres ámbitos. Por una parte, la descampesinización del Estado, que equivale a la exclusión de la participación efectiva de los campesinos en el diseño y ejecución de la política pública sobre el campo colombiano y al desmonte gradual de las instituciones que prestan sus servicios al campesinado promoviendo, incluso, su desaparición en tanto actor colectivo de la sociedad. En segundo lugar, la descampesinización de la sociedad, pues al desarticular la ANUC se afecta al conjunto del movimiento social campesino, se le estigmatiza, se restringe su libertad de asociación y se priva a la sociedad de la voz y participación del campesinado como colectivo. Finalmente, se propició la ruptura de alianzas de los campesinos con los movimientos étnicos y el rezago del movimiento campesino frente al movimiento étnico negro e indígena (Ibid, 2015).

Un segundo eje organizativo más reciente ha sido construido desde el desplazamiento forzado a través de las Organizaciones de población desplazada, OPDS, las cuales han configurado una red importante de acción y movilización con dinámicas a nivel local y regional¹⁰. Algunas de las propuestas que se han venido desarrollando tienen que ver, precisamente, con procesos de formación e investigación sobre la producción de alimentos. Así, por ejemplo, las 15 organizaciones articuladas realizaron una investigación sobre las transformaciones de su economía campesina en los últimos 20 años.

Queremos que esta investigación nos permita ver los cambios que se han dado en nuestra vida campesina, especialmente en nuestra economía, en nuestra alimentación. Pero también, queremos que esta investigación nos ayude a ver cómo hemos resistido, preguntarnos por qué en medio de todo lo que hemos tenido que vivir, los campesinos seguimos sembrando nuestra yuca, nuestro ñame, preguntarnos por qué queremos seguir viviendo y defendiendo este territorio (Wilmer Vanegas, representante de OPDS e integrante de equipo de co-investigadores, citado por CDS, 2011).

¹⁰ Como la Corporación Desarrollo Solidario (CDS).

Desde las OPDS se ha dado también la discusión sobre la posibilidad de configurarse como zona de reserva campesina –ZRC- para proteger sus territorios y la posibilidad que sea multiétnica. Conscientes de su debilidad por los sucesivos golpes que han recibido durante las dos últimas décadas ven en las ZRC una oportunidad histórica para reforzar sus organizaciones y sus alianzas con diversos actores de la sociedad civil interesados en la protección de la sociedad campesina. La Proclama final de un encuentro para discutir este tema exigía

una zona de reserva campesina incluyente, participativa y coherente con los derechos del campesinado” a partir de la justa y equitativa distribución de la tierra para garantizar el acceso a la tierra y el respeto de ese derecho. Uno de los puntos señala que “promueva la seguridad y la soberanía alimentaria a partir de la recuperación y fortalecimiento de las actividades pecuarias, de los cultivos ancestrales propios de la región (ñame, plátano, yuca, arroz, maíz, tabaco, hortalizas), y de la garantía de condiciones para que la economía campesina basada en estas prácticas tradicionales sea una opción real para la vida digna de campesinos y campesinas (ETNOTERRITORIOS, 2011).

Un tercer eje tiene que ver con los procesos promovidos por el Laboratorio de Desarrollo y Paz de Montes de María; uno de los más pertinentes para el tema que nos ocupa, tiene que ver con la propuesta de la finca montemariana, iniciativa que busca posicionar la recuperación de un modelo de finca campesina en la región basada en prácticas agrícolas ancestrales indígenas y campesinas buscando alternativas sostenibles de producción, condiciones de arraigo familiar, capacidades de seguridad alimentaria y nutricional, así como en el manejo adecuado de excedentes. Este proceso está en curso. Un estudio reciente de algunas fincas en la región indica que la denominación “montemariana constituye una identidad territorial alrededor de un modelo productivo” (MELO, 2016, p. 105) y que la articulación entre conocimiento técnico experto y conocimiento tradicional local constituye una muy buena posibilidad para fortalecer la participación y la toma de decisiones de las comunidades sobre el tipo de desarrollo que consideran más conveniente (Ibid, 2016); este tipo de iniciativas exige considerar los profundos impactos de la guerra en la organización y cotidianidad de las familias, más allá de la realización de sus actividades productivas.

Un cuarto eje está situado en las dinámicas de comunicación y memoria con liderazgo de las y los jóvenes, uno de cuyo ejemplo lo ha dado el Colectivo de Comunicaciones de Montes de María Línea 21. Este proceso ha movilizad socioculturalmente a la región, creando redes y puentes entre comunidades, en torno a la reconstrucción de la memoria no solo de dolor y de pérdidas derivadas de la guerra, sino también de pedagogía y movilización frente a sus historias e identidades como pueblos. A partir de narrativas audiovisuales construidas por

los mismos pobladores que circulan por medios locales y regionales y en donde la voz de las nuevas generaciones es protagonista, en diálogo con adultos y mayores, se propician nuevas formas de encuentro¹¹. La comunicación es una disculpa para “facilitar sueños y erosionar el miedo. Por ello su fin último no es la producción mediática sino la transformación de los imaginarios, reparar el daño causado por la violencia al tejido social local -la violencia social y también la causada por el conflicto armado” (RODRIGUEZ, 2013, p. 1). El colectivo se creó en 1994 y en su proceso fue descubriendo maneras de ayudar a enfrentar el miedo colectivo a la guerra, proyectando películas en las noches en las plazas centrales de algunos pueblos, incluso el mismo día en que habían explotado varias bombas en uno de los pueblos.

Nunca me hubiera imaginado que en medio del terror de la guerra, se pueda encontrar alternativas para tendernos la mano. Esa noche supe que tenemos las competencias necesarias para construir la paz, que no somos totalmente impotentes frente a la guerra, que podemos transformar los espacios públicos de lugares de miedo y aislamiento a escenarios donde compartir experiencias de vida (Testimonio de Wilgen Peñalosa citado en RODRIGUEZ, 2013, p. 106).

Carnavales, escuela sin muros y muchas temáticas pertinentes divulgadas y trabajadas con la gente de manera pedagógica son aportes invaluable de esta experiencia que recibió el Premio Nacional de Paz en 2003. Uno de los proyectos recientes es el Museo itinerante de la memoria, El mochuelo -pájaro cantor símbolo de esta región- “una plataforma comunicativa que busca promover, visibilizar y dinamizar la reclamación de las víctimas a la tierra, a la palabra, a la memoria, a la acción colectiva y a la reparación simbólica” (MONTEMARIAAUDIOVISUAL, s.f).

Territorio, soberanía alimentaria y construcción de paz

Son muchas caras y disfraces que tiene el despojo y la dominación, que incluyen ejercicios de violencia física y psicológica, pero también por mecanismos y promesas mucho menos visibles. Siguiendo a Bloch, que guerra y desarrollo¹², no son “contraposiciones en la época del capitalismo monolítico, ambas proceden del mismo mundo, y la guerra moderna procede de la paz capitalista y se reviste de sus mismos rasgos espantosos” (2006: 345). El despojo y la dominación sufridos en Palo de Hicotea y en general en Montes de María, se han producido no solo por medios abiertamente violentos, sino también por sutiles estrategias de

¹¹ Ver por ejemplo la publicación Memorias y relatos con sentidos 2008-2011 que creo un colectivo de narradores y narradoras en diez municipios de la región Cf. <http://www.caracolaconsultores.com/MIM/sites/default/files/LIBRO%20MEMORIAS%20Y%20RELATOS%202008%202011.pdf#overlay-context=>

¹² Bloch se refiere a guerra y paz.

seducción (Osorio, 2016) en donde el monocultivo de la palma se presenta como una alternativa moderna, eficiente y además altamente sostenible frente a la crisis de los combustibles fósiles. De esta manera se ha dado un proceso que mezcla en simultánea el desarraigo fruto de la desterritorialización, el despojo debido a la pérdida patrimonial y la inhabilitación laboral (GARAY et al, 2009).

El monocultivo de palma en Montes de María se ha constituido en un paisaje de despojo cotidiano que ha reconfigurado el territorio, incluyendo “la actualización de los espacios del miedo y la actualización de nuevos regímenes de inmovilidad” (OJEDA et.al., 2015, p.117). La dupla perversa de la guerra y la palma ha sido un acelerador del proceso de entrada del gran capital al campo con ventajas comparativas que facilitan procesos de acumulación partir del despojo y arrinconamiento de campesinos, afrodescendientes e indígenas, al punto que no se ha tratado solamente de que sea funcional a este proceso, sino que todo parece señalar que se fue configurando como una estrategia para lograr tal propósito. “El terror es en sí mismo el eje del modelo económico, al mantener la situación de anarquía necesaria para articular las clavijas del capitalismo salvaje” (SERJE, 2013, p. 112).

Despojo y dominación inciden de manera directa e inmediata en la soberanía alimentaria, concepto fuertemente anclado a la vida cotidiana, pues nada es más cotidiano que la comida. Los recursos necesarios para hacer viable esa soberanía como el agua y la tierra, se rompen abruptamente y se fractura de manera radical la posibilidad de autoabastecimiento de las familias, dejándolas expuestas a un largo periplo de miseria, de dependencia alimentaria y de exposición a nuevas servidumbres; con ello se facilita además un ejército de mano de obra disponible a muy bajo costo que resulta muy útil en la ciudad y en el campo. Las perspectivas de construir una autonomía campesina relativa, que pasa por la dimensión alimentaria con miras a hacer sostenible la reproducción de la vida campesina, quedan así trucas y con inciertas posibilidades de poderse retomar. La vivencia directa de la inviabilidad de la opción campesina resulta de mucha utilidad para despejar el camino de potenciales obstáculos.

Las implicaciones de estos procesos de despojo y dominación para la gente del campo son desastrosas; sin embargo, en una escala nacional la perspectiva que toma el problema mirado desde una reducción en la producción de alimentos, se resuelve con facilidad acudiendo a las importaciones a bajo costo –gracias, entre otras cosas, a los subsidios que los agricultores tienen en otros países.

Así, se facilita la reacomodación del campesinado en la soberanía alimentaria nacional, arrinconándolo, es decir prescindiendo de él, aparentemente, sin afectar el conjunto de la sociedad. Junto con los reclamos de los muchos campesinos sin tierra, la intención soterrada de

tierra sin campesinos, se ha ido imponiendo. Colombia, que contaba a finales de la década del 80 con una producción suficiente para abastecer la casi totalidad de su demanda de bienes agrícolas básicos, importa cerca del 50% de esa demanda en la segunda década del siglo XXI; “durante la última década se pasó de importar 405 millones de dólares en 1990 a 4.750 millones en 2014, mientras que las exportaciones, incluyendo café, se sostienen en el mismo nivel” (FAJARDO, 2014, p.43). Todo ello constituye un claro avance al precipicio de la vulnerabilidad alimentaria. Pero además,

la concentración de la propiedad territorial, al tiempo que ha encarecido los costos de producción, ha ampliado la pobreza rural y generado la expansión de la frontera agraria con graves costos ambientales: entre 1984 y 2011, la superficie registrada de la frontera agraria pasó de 35.8 a 40.2 millones de hectáreas, área que fue apropiada en cerca del 24% por las fincas superiores a las 1000 hectáreas, las cuales capturaron más de un millón de hectáreas de la nueva frontera, cifras que solamente representan los predios registrados (FAJARDO, 2014, p.40).

Por lo pronto, la discusión sobre el campesinado y el desarrollo rural, así como los puntos relacionados con la participación, las víctimas y la paz territorial como estrategia, han tenido un lugar importante en los acuerdos entre el gobierno y la guerrilla de las FARC; ello supone una ganancia -por ahora en el discurso- frente al reconocimiento de las comunidades rurales y regionales. Sin embargo, varias decisiones avanzadas como la ley de las Zonas de Desarrollo Empresarial, Zidres, los tratados de libre comercio, TLC, y las múltiples concesiones mineras constituyen una clara evidencia de rutas paralelas incluso antagónicas entre unos acuerdos en construcción y unas decisiones en marcha, incongruencias que generan desconfianzas razonadas, especialmente cuando hay un histórico incumplimiento de los gobiernos y el estado, frente a diversos acuerdos y concertaciones hechos con los pobladores.

En estos tiempos de apuestas por la paz, en medio de múltiples incertidumbres, en donde surge el temor de todo cambie para que todo siga igual, es necesario mirar ambos lados de la mesa. Es cierto que la guerrilla de las Farc tiene una deuda importante, debe comprometerse y debe cumplir. Pero al igual que se le mira con desconfianza de que incumpla, esa misma desconfianza de incumplimiento se tiene con el estado. Frente al olvido, la agresión, las alianzas con actores poderosos también “hay que perdonar al Estado”, como lo manifestó un campesino¹³. Quizá es necesario no solo que el Estado pida ese perdón, sino que se comprometa, -ubicado en la justicia transicional- a los criterios de verdad, justicia, reparación y promesa de no repetición. Ello tiene sentido, por ejemplo, para el sesgo anticampesino que ha

¹³ Cf. Documental “Diálogos en los territorios. Montes de María conversa la paz”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=EIVz8VENGV8>

mantenido en sus políticas, en los estímulos, confianza y alianza ciega con los actores empresariales a quienes se les atribuye y reconoce su eficiencia económica, merito negado a la economía campesina; pero también para toda la agresión que, justificada en la guerra y en sospecha moral por potenciales alianzas entre el campesinado y la insurgencia, se ha ejercido de manera reiterada por parte de las fuerzas armadas estatales y de la delegación que soterradamente ha hecho con grupos paramilitares para ganar la guerra.

Por fortuna, hay resquicios de esperanza. Comunidades como las de Montes de María, dan lecciones al país, con diversas y creativas experiencias políticas de resistencia en medio de condiciones profundamente desventajosas. El retorno en condiciones precarias, por ejemplo, es una forma de resistencia y de persistencia por la vida campesina como opción, pese a los inciertos y lentos caminos de recomenzar que exigen mucha más paciencia y obstinación. Y para el ello, los vínculos territoriales pueden ser al tiempo, motor, fin y medio. “Uno sigue en eso por el amor que uno siente por su tierra y por su gente. Siempre nos ha tocado luchar por todo. Ahora nos toca empezar de nuevo (...) Los que se fueron nos mostraron el camino y ahora uno se mira y dice: bueno, sí se puede, ¡pa'lante es pa'ya!” (COLECTIVO DE COMUNICACIONES DE MONTES DE MARIA, 2012, p. 67)

Referencias

ARARAT, L. y otros. **La Toma. Historias de territorio, en la cuenca del Alto Cauca, resistencia y autonomía.** Consejo Comunitario Afrodescendiente del corregimiento de La Toma y Observatorio de Territorios Étnicos, OTEC. Popayán, 2013.

ARCIERI, V. “La catástrofe del aguacate carmero: otra víctima de la violencia ay la sequía”. Domingo 21 de febrero de 2016. Disponible en <http://www.elheraldo.co/region/la-catastrofe-del-aguacate-carmero-otra-victima-de-la-violencia-y-la-sequia-244637>

BAILEY, R. 2013. “Justicia alimentaria en un mundo con recursos limitados”. En: **Reflexiones sobre la ruralidad y el territorio en Colombia. Problemáticas y retos actuales.** Oxfam, Bogotá: 2013.

BLOCH, E. **El principio esperanza.** España: Editorial Trotta, 2006.

CARACOL RADIO. Masivo desplazamiento de campesinos de los Montes de María afectados por la sequía. Febrero 23 de 2016. Disponible en http://caracol.coem.co/emisora/2016/02/23/cartagena/1456191123_168959.html

COLECTIVO DE COMUNICACIONES DE MONTES DE MARIA. **Memorias y relatos consentidos 2008-2011.** Servidigital, Barranquilla: 2012.

CORPORACIÓN DESARROLLO SOLIDARIO, CDS. 2011. “El espacio OPDS Montes de María lidera investigación participativa sobre su economía campesina”. Disponible en <http://montesdemariamitierramididad.blogspot.com.co/2011/12/el-espacio-opds-montes-de-maria-lidera.html>

EL UNIVERSAL. “Continúa alerta por mortandad de peces en Ciénaga de Marialabaja”. 29 de Marzo de 2016. Disponible en <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/continua-alerta-por-mortandad-de-peces-en-cienaga-de-marialabaja-222582>

ETNOTERRITORIOS. “Foro sobre Zonas De Reserva Campesina en Montes de María”. Mayo 7 de 2012. Disponible en <http://www.etnoterritorios.org/Caribe.shtml?apc=g-xx-1-&x=5>

FAJARDO, D. “Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana”. Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas. 2014. Disponible en <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/comisionPaz2015/FajardoDario.pdf>

GARAY L. et al. Cuantificación y valoración de las tierras y los bienes abandonados o despojados a la población desplazada en Colombia. Bases para el desarrollo de procesos de reparación. Décimo primer informe. Comisión de Seguimiento a la política pública sobre el desplazamiento forzado. 2009. Disponible en http://www.codhes.org/index.php?option=com_seg&templateStyle=9

GARCIA, J.F. y otros. “Informe final de diagnóstico del daño de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC”. Documento digital, Bogotá. 2015.

MELO, W. “Caracterización multifuncional del modelo agroforestal “Finca Montemariana” en la región de Montes de María, Bolívar”. Tesis de grado. Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2016

MONTEMARIAAUDIOVISUAL. El Museo Itinerante de la Memoria, un proyecto de alto vuelo. Disponible en <https://montemariaaudiovisual.wordpress.com/2012/02/12/el-museo-itinerante-de-la-memoria-de-los-montes-de-maria-un-proyecto-de-alto-vuelo/>

MÚNERA, L. **Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia. 1968-1988**, Bogotá: IEPRI-CEREC, 1998.

OJEDA, D. y otros. “Paisajes de despojo cotidiano: acaparamiento de tierra y agua en Montes de María” **Revista de Estudios Sociales**, No.54, octubre-diciembre, 2015, p. 107-119.

OSORIO F.E y M. HERRERA. “Prácticas de seducción y violencia hacia la quimera del progreso: la combinación de las formas de lucha del capital”. En **Autonomías territoriales: experiencias y desafíos**. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 2012.

OSORIO F.E. “Tramas entre paramilitarismo y palmicultura en Colombia”. En **Revista Memoria y Sociedad**, Vol. 19, Núm. 39, 2016, p.11-28.

PABÓN, L. “Desde que nos quitaron el río, la vida y el agua ya no serían las mismas: cambios, conflictos y efectos socio – ambientales en torno al acceso y uso del agua en el territorio de Paloalteros, María la Baja, Bolívar (1960 – 2015)”. Tesis de grado. Carrera de Ecología. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. 2015.

RODRÍGUEZ C. y N. ORDUZ. **Adiós río. La disputa por la tierra, el agua y los derechos indígenas en torno a la represa de Urrá**. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y

Sociedad, Dejusticia, Bogotá 2012. Disponible en:
http://www.dejusticia.org/files/r2_actividades_recursos/fi_name_recurso.290.pdf

RODRIGUEZ, C. 2013. “Comunicación ciudadana en Montes de María,-Colombia-“, **Revista Luciérnaga**, Año 5, Edición 9, p. 99- 115

RODRÍGUEZ, F. 2010. “Regímenes, sistema y crisis agroalimentaria” **El Otro Derecho** No. 42, p. 45-74.

SERJE, M. “El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las “zonas de frontera” en Colombia” **Cahiers des Amériques latines**, No. 71, 2013, p 95-117.

TOMAS, C. “Conceptualización, diagnóstico, relevamiento y propuestas. Hacia un enfoque integrador en materia de seguridad y soberanía alimentaria”. En: **Desarrollo rural, soberanía y seguridad alimentaria**. Cristina Díaz y Eduardo Spiaggi, compiladores. Observatorio del Sur, Catedra Fodepal. Universidad nacional del Rosario, Editora. Argentina. 2011.

VERDAD ABIERTA. ¿Cómo se fraguó la tragedia en Montes de María?. 2011. Disponible en:
<http://www.verdadabierta.com/la-historia/la-historia-de-las-auc/2676-icomo-se-fraguo-la-tragedia-de-los-montes-de-maria>

VÍA CAMPESINA. Soberanía Alimentaria, un futuro sin hambre. Declaración de 1996. Roma Italia. Disponible en: <http://www.nyeleni.org/spip.php?article38>.

Recebido para publicação em 05 de julho de 2016.

Devolvido para a revisão em 08 de agosto de 2016.

Aceito para a publicação em 08 de novembro de 2016.